

Una casa de secretos

Paula Bombara



Les innovations que je veux de motiver ne i acco
de six m...
l'espace d...
et même au...
font...
billet de 10... lui avait... : il vint four
les pour m'engager à y aller avec lui, comm
pour faire plaisir à la gouvernante. Elle lui
à la grille le jeu

loqueleo

Odile Rey, 1889

Vendredi, le 11 janvier, 1889¹

Cher Cahier:

Estoy rendida, apenas si puedo tomar la pluma, pero quiero escribir sobre mi fiesta. Me ha emocionado más de lo que creía; yo, que hace menos de un día pedía sorpresas que me arrancaran sonrisas... ¡Ha sido toda una fantasía, la más luminosa que pudiera imaginar! Desde los preparativos, con Blanche ajustándome el elegante vestido que me regaló tía Jo, empolvándome la nariz y trenzándome el cabello en un peinado alto, hasta las confidencias de mis queridas amigas, también arregladas para la ocasión; desde la llegada de los invitados hasta las miradas de los jóvenes, tan acicalados como nosotras

¹Tanto los fragmentos del diario de Odile como las cartas de Charlotte y de Anne Marie son textos que, en sus versiones originales, fueron escritos en francés. Al traducirlos, se han mantenido en lengua francesa los encabezamientos, apelativos, nombres propios y tratamiento de cortesía (señor, señorita, etc.), entre otras expresiones.

mismas, luciendo sus guantes y sus pañuelos. Las voces sonaban armoniosas en mis oídos tanto como la melodía, interpretada con suavidad por los músicos que Madre contrató para placer de todos. Me duelen las mejillas de sonreír tanto.

10 Se notaba en el aire el ambiente propicio para la formación de parejas; Madre invitó a muchos hombres con ese objetivo, puedo adivinarlo pues la conozco. Y me fijé en uno de ellos, a decir verdad. Tal vez fuera porque su pelo rojizo me trajo recuerdos dolorosos, tal vez, porque su nariz aleteaba con fuerza y sus ojos despedían ese brillo que pude ver en aquellos otros ojos... Aquellos otros que no puedo olvidar aunque me esfuerce. Lo sé, *mon Dieu*, lo sé. No pude cumplir con mi deber, no seré la mujer que Madre espera. El impacto del primero que me cautivó es muy difícil de matar sin morir un poco al mismo tiempo. Nadie podrá acusarme de nada, pues mi sentimiento siempre fue solo para mí y eso me tranquiliza. Podré decir que este hombre que hoy atrajo mi atención tiene atributos propios, diferentes a los de aquel, que me emocionan, y no estaré faltando a la verdad. Hoy lo vi por vez primera y tiene algo... algo que me hacía girar la cabeza hacia donde él estaba. Madre nos observó toda la noche, tan atenta como yo a las miradas que intercambiábamos. Más tarde me hizo saber que no cree que sea un buen partido para

mí, aunque goza de buena fortuna y Padre tiene gran opinión sobre él. Ella dice que ha viajado demasiado, que es un letrado, que vive en París y que es difícil que se fije en una niña del Sur como yo. Puedo escribir aquí que me pareció ver en el brillo de los ojos de Madre un poco de envidia por mi suerte. Ella es así, sé que me ama, que desea lo mejor para mí, pero también me parece que quisiera ser yo, haber crecido como lo he hecho yo, tener mi buena ventura.

Este hombre de la ciudad, tan viajado, tan extraño, me ha hecho un regalo exquisito, bello es decir poco... tan atinado para mí como si me hubiera estado espionando. Me ha regalado una casa de muñecas que adquirió en Holanda especialmente. Me pareció extraño. ¿Especialmente para mí? ¿Sin conocerme? Madre dice que es para demostrarle a Padre su agradecimiento por un negocio que dio buenos dividendos. Recién pude ver la casita y admirarla cuando la fiesta terminó. Convoca a jugar como niña, pero posee tal delicadeza e intimidad que es perfecta para este momento de mi vida. Invita a guardar aquí mis secretos. ¿Quién será ese hombre? Madre no quiso decirme. Le pediré las señas a Padre; no podrá negármelas, pues es de buena educación escribir una corta misiva agradeciendo los regalos.

Otra sorpresa fue encontrarme con unas disculpas del tío Félix acompañadas por un pequeño

lienzo en el que había una flor pintada, inconfundible, nerviosa, anaranjada y roja, que me hizo estremecer. Y en el estremecimiento volvieron aquellas sensaciones como si nunca las hubiera arrancado de mí. Oh, *cher Cahier*. Qué desdicha mezclada con cuánta felicidad. Ver esas pinceladas, saber que nacieron de sus manos, de sus ojos, de su mundo, y ya no poder verlo a él. Pero no voy a seguir recordando lo amargo. Ahora tengo el instante de esa flor. Las disculpas del tío decían algo así como que pronto vendría a verme y me traería un verdadero presente, que este era apenas un compensatorio. ¡Si supiera!



Jeudi, le 7 février, 1889

Cher Cahier:

Han pasado ya varias semanas desde la fiesta de mi cumpleaños. El hombre que me regaló la casa de muñecas se llama *monsieur François Rivet*. Tiene 26 años, unos cuantos más que yo. Le escribí unas palabras de agradecimiento que pronto fueron respondidas. Pasa gran parte del año en París, estudiando y trabajando con un republicano. Su familia posee una gran fortuna, tierras y viñedos. Vino la otra tarde y pidió conversar

conmigo. Madre accedió, mas no sin advertirme que solo lo hacía por buena educación, que sigue pensando que no es un partido apropiado para mí. Blanche actuó como chaperona. Ya que no sabía si volvería a verlo, no perdí la ocasión y le confesé a *monsieur Rivet* cuán encantada estoy con su regalo. Como respuesta, buscó en el bolsillo y me entregó una bolsa diminuta que contenía un par de llavecitas y un pequeño rollo de papel con las instrucciones para encontrar dónde usarlas. Una sonrisa acompañó este segundo regalo, y una frase que me hizo sonrojar: "Usted, *mademoiselle*, debe guardar muchos secretos". ¿Será que se me nota o que lo notan él y su mirada penetrante? Me dijo que solo el constructor de la casita conoce el compartimento secreto que guarda, que podía confiar en él. Y que no estará en Arlés por mucho tiempo, pero que su interés por mí es profundo. Que adora mi piel, mi cabello negro y mis gruesas pestañas. Que París no tiene brillo comparado con el que irradia mi persona. Me gustó que fuera atrevido y que no tuviera remilgos en confiarme sus sentimientos. Pero veremos cuán verdaderas son sus palabras con el paso de los meses. Respondí con sonrisas y silencios, como me ha enseñado Madre, aunque no pude evitar mirarlo fijo, apenas un instante, a los ojos, y creo que ese gesto, también atrevido, delató mi alegría.

A veces veo tan claro el futuro que me entristezco. Madre dice que las sorpresas no son buenas para las mujeres,

que cuanto más definido esté nuestro porvenir mejor es para nuestros intereses. Hay un plan trazado por mis padres y difícilmente pueda apartarme de él. En gran parte dependo de *monsieur Rivet*. Si no responde como Padre espera, lo más probable es que termine desposada con algún viejo rico de la zona que me triplique en edad, sin importar mis sentimientos, como le sucedió a Madre. Dios mío, al dejar la infancia pareciera que ya no hay aventuras posibles y eso te hace tan fundamental, *cher Cahier*.. Adieu a cabalgar como los hombres, *bon jour* a caminar bajo una sombrilla con demasiados volados; *adieu* a trepar a los árboles, *bon soir* a bordar el ajuar; *adieu* a cantar, brincar, bailar en la cocina, *bon nuit* a las coreografías estudiadas y al hablar en susurros... Oh, *cher Cahier*... Aquí en tus páginas reviviré lo que vaya muriendo en la vida real.



Mercredi, le 8 mai, 1889

Cher Cahier:

Estoy impactada. Casi sin palabras. Dejo un rastro aquí de las dolorosísimas noticias que han llegado de la boca de mi tío Félix: el hombre que admiro, el de los ojos de fuego, se irá a Saint Remy de Provence. No es lejos, pero lo suficiente para que alguien como yo ya no pueda verlo nunca más. ¿Con

qué excusa iría hasta allí? ¿Qué le diría al cochero para que me llevara, sin correr riesgos de que luego lo comentara con Padre? ¿Mi locura llega al punto de sobornar a alguien por este hombre que ni siquiera registra mi existencia, por un loco al que todos desdeñan? Temo responderme, pues sí, creo que sería capaz de hacerlo sabiéndolo tan lejos, tan profundamente inalcanzable. Pero Madre me mataría, sin dudas... Ay, *mon Dieu*, cómo haré para olvidar ese rostro, ese andar, esos brazos, esas manos, esa mirada que me traspasa, que me mantiene invisible y me permite ser libre.



La encomienda

Esa mañana, el día de la familia De Vitta comenzó a las diez y unos minutos. Tarde, dirán algunos. Temprano, dirán los que los conocen.

Sonó el timbre y los cuatro suspendieron el viaje de las tazas a los labios. Fue un sonido corto primero y uno largo después. Un toque extraño.

—¿Quién será? ¿Esperás a alguien? —preguntó Érica.

—No. ¿Ustedes? —respondió Alejandro mirando a Magalí y a Julián.

Los chicos negaron con la cabeza y siguieron tomando sus desayunos.

Érica ya estaba respondiendo al timbrazo:

—Sí, ¿quién es?

—Carta para Alejandro De Vitta —dijo una voz neutra y metálica a través del portero eléctrico.

—Carta para vos —anunció Érica a su marido.

Mientras él bajaba por el ascensor y ella volvía al diálogo inconcluso que sostenía con su taza de café, Julián se puso a hablar del trabajo práctico que tenía que hacer para el Taller de Cine.

—... porque no sé qué contar, ma. ¿Me estás escuchando?

—No, hijo, perdón. ¿Qué decías? —respondió Érica mientras dejaba la taza vacía en la mesa.

—Que tengo que escribir para Cine algo raro que me haya pasado en la vida real y no sé qué escribir —explicó Julián, apurando la frase para luego, estornudar.

—¿Y por qué no contás de la vez que fuimos con los abuelos al parque de diversiones? —sugirió Magalí, al mismo tiempo que acotaba—: Ay, Juli, sos un asqueroso...

Julián se limpió la mejilla con saliva.

—¿Así estoy mejor?

—¡Julián, sos un asco! ¡Mami! ¡Decile que es un asqueroso! ¡Se limpió los mocos con saliva!

Pero Érica ya no los escuchaba: repasaba mentalmente todo lo que tenía que hacer en su día laboral. Pasar por la oficina y salir enseguida para Retiro. Ir luego a una reunión en la otra punta de la ciudad. Volver a la oficina y leer el documento que su jefa... La voz de Alejandro la sacó de sus pensamientos con un sobresalto.

—Tengo que ir a buscar un paquete a la Aduana.

—¿A la Aduana? Qué raro... ¿Querés que te lleve? Tengo que ir para Retiro.

—¿Ahora? Me esperan en el estudio.

—Como quieras, pero mirá que me parece que no hay mucho tiempo para retirar los paquetes de la Aduana. ¿Qué dice el aviso del correo?

—Ah, tenés razón... Tengo cuatro días hábiles y después me empiezan a cobrar. Uy, pero mañana ya arranco con el caso... —Alejandro pensó un instante mientras terminaba su café de un sorbo—. Bueno, esperame un ratito que aviso y me llevás.

Los chicos, intrigados, dejaron el desayuno sin terminar en la cocina y siguieron la voz de su papá, que estaba instalada en el living, explicándole a su jefe que debía ir a la Aduana. Ahí también estaba Érica, leyendo la carta que habían recibido.

—¿Qué le mandaron? —preguntó Magalí.

—Tu papá tiene que retirar un paquete que le manda una prima de la bisabuela Anne Marie desde París.

—¿Tenemos familiares en París? —preguntó Julián con asombro.

—Ale, querido, les debés una charla a los chicos —dijo Érica como única respuesta, mirando a su marido.

—Sí, Juli, tenemos a esta... ¿qué sería?: ¿prima bisabuela?, ¿tía quinta...? En fin... a esta señora, Charlotte, la que manda la encomienda, pero parece que no por mucho tiempo —respondió Alejandro.

Julián y Magalí siguieron con la mirada al papá hasta que entró al baño y luego a la mamá, que ya estaba buscando los abrigos de ambos.

—¿Podemos faltar al colegio? —preguntó Julián aprovechando el súbito desorden de horarios.

—Terminen el desayuno. ¿Qué tiene que ver esto con

el colegio? —le respondió la mamá ya desde adentro del ascensor—. Ale, apurate, ¡llego tarde!

El papá pasó como una ráfaga de viento y cerró la puerta con un “después nos vemos, chicos”.

—Yo creo que no nos dijeron que no podemos faltar —reflexionó en voz alta Magalí, mirando a su hermano—. Digo, técnicamente, mamá solo nos preguntó qué tiene que ver una cosa con otra... O sea, yo creo que podemos faltar...

20

—Yo también —sonrió Julián.